

aunque moleste á los habitantes con sus fechorías. Algunos traficantes que poseen el árabe y visitan aquellas regiones, hasta pretenden que en algunas islas del citado lago viven serpientes que tienen la facultad de hablar y que en opinión de esa honrada gente traen su origen de aquella serpiente de bronce que sedujo á nuestra madre comun Eva. El que se sintiera inclinado á sonreírse al oír contar tales cosas á esos rudos indígenas, deberá abstenerse por prudencia, pues tienen tan arraigadas sus opiniones como los naturalistas de Cerdeña.

En las reuniones de mujeres de este país, dice Cetti, se refieren milagros de nuestras serpientes, diciéndose entre otras cosas que antes fueron profetisas. Yo creo que nuestras mujeres instruidas solo cuentan tales cosas por broma; pero muchos de nuestros compatriotas ven en las serpientes un objeto digno de cariño y de respeto. Cuando un ofidio llega á la choza del labrador ó del pastor, es un buen agüero y si álguien pensara en maltratarle se le tacharía de estúpido, por rechazar la suerte que le llega á su casa. Por eso todas las mujeres de la campiña hacen cuanto es posible para conservar la serpiente, llevándola todos los días con gran cuidado alimento á la entrada de la guarida que eligió como residencia. Yo conozco una mujer que durante dos años desempeñó este servicio. Los labradores rusos, los de Turingia ó de la Alemania del sur piensan del mismo modo que los sardos; también para ellos la serpiente que llega á una casa pasa por el heraldo de la suerte que se ofrece.

No podemos pues admirarnos de que en los tiempos mas remotos estas opiniones tuvieran por consecuencia considerar á las serpientes como animales muy distintos de lo que son en efecto. Atribuíaseles toda clase de cualidades, tanto buenas como malas; de modo que representaban tan pronto á un dios como á un diablo; y no solo se les suponían facultades que no poseen, sino que se creía que cada parte de su cuerpo tenía alguna virtud, porque en este punto trabajaba mas la imaginación que la observación verdadera. Para los sacerdotes eran hacia mucho tiempo una fuente de ricas prebendas, porque mas fácilmente que ningun otro sér se podían emplear para imponer á las masas ciegas la fe; y como ya desde las épocas mas remotas, los sacerdotes y los charlatanes se ocupaban en hacer negocios con esos reptiles para la «ciencia médica», mostróse el mismo afán que ellos para utilizar las serpientes.

No daré ningun índice de todos los remedios curativos y hechizos que segun se creía podían extraerse del tronco y de algunas partes de diversos ofidios; remedios citados por Plinio y otros autores, tanto romanos como griegos; me limitaré á indicar que debemos á unos y otros aquellas medicinas preparadas con víboras, que se conservaron hasta mucho despues de la Edad media. Aun en los últimos siglos, miles y miles de serpientes de la familia de las víboras se cogían en Europa, sobre todo en Italia y Francia, para las farmacias; y cuando las europeas ya no bastaban, comprábase un sin número de especies venenosas del Egipto. Antonio Musa, el célebre médico del emperador Octavio Augusto, habia empleado ya víboras como medicina; pero solo el médico de cabecera del emperador Andrómaco de Creta inventó el *theriak* (tríaca), que aun en el siglo pasado se preparaba en casi todas las farmacias de Europa bajo la inspección de químicos y médicos que debían examinar todos los ingredientes. Muy célebre era Venecia por la tríaca, y poco menos Roma, donde la preparaban los jesuitas que por la autoridad habían obtenido privilegio contra las imitaciones. La tríaca se ordenaba como medicamento para purificar la sangre, combatir las herpes, sarna y escrófula; también era un antídoto contra los venenos, y poseía exactamente las mismas virtudes curativas

que se atribuían á los remedios milagrosos de nuestros días. También recetaban los médicos víboras hervidas y asadas, sopas, gelatina, jarabes y polvos hechos con el corazón, el hígado, ó con otras partes del cuerpo disueltas en espíritu de vino, las cuales servían para combatir la calentura, la viruela, la epilepsia, la parálisis, la apoplejía y el escorbuto. La grasa se recomendaba como remedio excelente para las contusiones y heridas, para las enfermedades de la vista, etc.; también servía para los tísicos; y las cortesanías la empleaban como cosmético para hacer desaparecer las arrugas y herosear el color del cutis.

Hasta los últimos tiempos se ha conservado la creencia en la eficacia de la grasa de víbora como remedio, y un hombre tan despreocupado como nuestro Lenz no pudo desecharla del todo durante algunos años. En todo caso, esta superstición, como algunas otras, tenía sus consecuencias buenas, pues contribuía á disminuir el gran número de víboras. Hoy día ningun hombre razonable cree en estos remedios de los siglos pasados, porque precisamente la medicina, la bendición de los adelantos de nuestras ciencias naturales, ha obtenido sus resultados mas brillantes.

Por eso mismo nos veremos tanto mas obligados á proteger cuanto sea posible á los enemigos naturales de las serpientes.

Para tranquilidad de todos aquellos que temen á las serpientes y para alegría de todos los adversarios de estos peligrosos reptiles, el ejército de sus enemigos es muy numeroso. En Alemania los gatos, zorros, martas, comadrejas, hurones, erizos, cerdos domésticos y salvajes; y en las regiones meridionales las civetas y sobre todo las mangostas persiguen con afán á las serpientes y también les dan caza con todo empeño los poliboroides, las águilas chillonas, los buzos, cuervos, urracas y grajos, las cigüeñas y otras aves pantanosas, así como los representantes de estas aves en los países tropicales. El mas útil y poderoso exterminador de serpientes es el serpentario ó secretario; pero también muchos de sus congéneres, como las macaguas, diodontes, melierax y el ya citado poliboroide, los morfuos, hiltarosos, los milvagos, el sarcoranfo y los catartos son muy útiles por este concepto, sin hablar de muchos levirostros, escarbadoras y zancudas, cuya actividad conocemos ya. Todos ellos merecen la protección de los hombres considerados, pues la mayor parte de esos animales no solo exterminan las serpientes sino que compensan con creces las utilidades que puedan reportar.

La domesticidad ó cautividad de las serpientes data de tiempos muy remotos. Ya los antiguos egipcios las cuidaron, segun se dice, en sus habitaciones, incluso el terrible ureo. Eliano nos dice que los titiriteros se servían de esta serpiente del mismo modo que se hace hoy día, y que á veces recibían mordiscos mortales, como sucede también ahora; Marcial refiere que las mujeres se ponían á veces serpientes frias al rededor de su cuello.

El emperador Tiberio tenía, segun Suetonio, una serpiente á la cual apreciaba mucho, y á la que solía dar el alimento en la mano; Elio Lampridio refiere que el emperador Eliogábalo mandó coger á veces muchas serpientes para soltarlas en días en que el pueblo se reunía para los juegos públicos; divértiale observar el espanto de los hombres, muchos de los cuales perecían de resultados de los mordiscos que recibían ó á causa del tumulto. En las cortes de los príncipes indios, si hemos de dar crédito á los autores antiguos, las serpientes cautivas eran una cosa habitual.

La mayor parte de estos reptiles se acostumbran fácilmente á la cautividad, pudiéndose conservar en este estado varios años si se les cuida debidamente.

Por lo general los que se cogen de cierta edad se niegan á tomar el alimento que se les proporciona; pero esto, en nuestra opinión, es debido casi siempre á no estar dispuesta su morada convenientemente. Para el bienestar de estos animales, es condición imprescindible una atmósfera templada, al par que húmeda, no debiendo faltar sobre todo un depósito de agua para que puedan bañarse. A fin de acostumbrarlos á la comida, débese empezar por darles animales vivos; una vez conseguido que se apoderen de estos y los engullan, es fácil ir enseñándoles gradualmente á tragarse los muertos, y hasta mas tarde tan solo pedazos de carne.

Las serpientes de diferentes especies reunidas en una jaula viven en buena armonía ó pelean segun las circunstancias; y cuando están en libertad se da el caso de que una devore á otra. Si se reúnen hasta cien culebras de varias especies, agregando á estos reptiles en una misma jaula varias pequeñas víboras, se observará que conservan la mayor indiferencia; pero también puede suceder lo contrario cuando se añade una sola culebra cuyo alimento favorito no se conoce. Mas de una vez he visto que una culebra pacífica é inofensiva en apariencia se precipitó en seguida sobre sus congéneres para devorarlos cuando eran mas pequeños que ella. Las serpientes venenosas hacen sangre á menudo á sus semejantes ó matan á individuos de otras especies tanto para devorarlos como por malignidad, ó quizás por el enojo que les causa su presencia. Las especies grandes de las tres familias terrestres del sub-orden venenoso no pueden reunirse nunca con otras serpientes, sean venenosas ó no, si se quieren evitar pérdidas. Hasta las víboras pequeñas que por lo regular no hacen caso de ninguna de las otras serpientes, muerden y matan á veces culebras con las que habían vivido meses enteros mostrando la mayor indiferencia. En cambio se observa que siempre viven tranquilas y sosegadas las serpientes de la misma especie.

A los boas, culebras, y otros ofidios trepadores del orden les gusta descansar juntos en el ramaje, donde á menudo se enroscan unas con otras, formando una mole en que nada puede distinguir el ojo humano.

Gunter describe esto perfectamente, segun las observaciones que hizo en la colección de ofidios del jardín zoológico de Londres en un boa de la América central (*Chilabothrus inornatus*). Al acercarse á la jaula no se ve por lo pronto ninguno de sus habitantes, y se comienza por lo tanto á buscarlos en el ramaje que se halla en cierto sitio. «Allí se ve en el lugar mas alto y oscuro una mole redonda de un tamaño que evidentemente no puede ser el de un solo ofidio. Sin embargo, está inmóvil, y la única cabeza que sobresale del conjunto oprimido de anillos enlazados no da la mas mínima señal de vida, aunque se haga ruido tocando en los cristales. Esa mole ha permanecido en la misma posición y el mismo sitio hace cinco años, pero hoy haremos que se mueva. Apenas el guardian toca la puerta para abrirla, la primera cabeza visible comienza á sacar la lengua; la segunda y tercera salen entre los anillos, obsérvese un movimiento del bulto; la respiración de los reptiles se acelera, y ya se puede formar una idea de lo que sucederá. Cuando el guardian toca una de las serpientes con un palito, todo el conjunto se desenreda con tal rapidez, que la vista no puede seguir los movimientos: seis serpientes de dos metros de largo bajan por las ramas y recorren toda la jaula; al cabo de media hora, poco mas ó menos, uno de los ofidios manifiesta deseos de volver á su primitivo lugar de descanso; síguele una segunda serpiente, y despues otra y otra, hasta que al fin se vuelve á formar la misma mole de antes.» Yo he visto lo mismo en culebras, ensalzando con verdadera admiración estas reuniones y enlazamientos de los reptiles.

Con el tiempo llegan los cautivos á cierto grado de familiaridad para con su guardian, cogen el alimento que se les da con la mano ó por medio de una tenaza, y se dejan tocar, coger y trasladar de un puesto á otro; y aun se dejan adiestrar hasta cierto punto, etc. Sin embargo, no se observa nunca un apego verdadero al guardian, sino mas bien todo lo contrario, sobre todo en especies fuertes por su tamaño ó por sus dientes venenosos. Algunos pitónidos cuidados bajo mi inspección demostraban mucha hostilidad contra su guardian; y también he visto á las grandes serpientes venenosas alejarse cuando su guardian se acercaba. La irritación nacía siempre de la molestia que les causaba la presencia del hombre, pues á estos reptiles, muy perezosos, no les agrada que se les perturbe; entonces olvidan del todo los beneficios que les dispensa el hombre, y piensan solo en vengarse del agravio que en su concepto se les ha inferido. Con las serpientes venenosas, irritables y furiosas, rara vez se puede tener alguna confianza, y aunque hayan estado cautivas meses enteros y se las considere domesticadas, muerden á menudo. No deja de ser siempre peligroso el roce con ellas y no se puede recomendar demasiado la precaución al que haya de manejarlas. No aconsejaré á nadie, segun mis experiencias, el contacto con esos reptiles.

CLASIFICACION.—Sobre la clasificación de las serpientes en sub-órdenes, familias y géneros las opiniones de los erpetólogos modernos difieren tanto como en lo relativo á la determinación de las especies. Mientras que Guenther fijó en 1858 el número de estas últimas en seiscientos treinta y Jan, en 1863, en setecientas ochenta, Wallace cree poder asegurar que la cifra asciende á novecientas setenta; mientras que el uno divide casi todos los géneros en sub-géneros, el otro reúne varias familias; este acepta solo tres sub-órdenes; aquel forma cuatro. Yo estoy con los que limitan todos los grupos lo mismo que las especies, como lo hace Strauch respecto á los sub-órdenes, pues también á mí me parece lo mas natural clasificar los ofidios segun que tengan dientes macizos solo en una mandíbula ó en las dos, ó cuyos dientes estén perforados. Considero las primeras como el tránsito entre los lagartos y los ofidios; á las segundas como los ofidios mas desarrollados, y á las últimas como los inferiores.

LOS ESCOLECOFIDIOS —SCOLECOPHIDIA

CARACTÉRES.—Segun la clasificación anterior, el primer sub-orden de la generalidad solo comprende los escolecofidios ó serpientes *vermiformes*, dos pequeñas familias que difieren tanto de las demás serpientes como las doble andadoras de los otros escamosos; de modo que algunos naturalistas los consideran como escamosos y no como pertenecientes al orden de los ofidios. Caracterizanse por tener dientes solo en una mandíbula, ya en la superior ó en la inferior; el hueso cuadrado se fija en el mismo cráneo y su boca no es capaz de ensancharse.

LOS TIFLOPIDOS TIPHLOPIDÆ

CONSIDERACIONES GENERALES.—Con el nombre de *amphisbæna* que ya en tiempos de Gessner se tradujo por doble andadora, pero mal comprendido por Wieland, designaban los antiguos, no el anillado que conocemos, sino un escolecofidio tan semejante, que fácilmente se explica la confusión de nombres producida posteriormente.